

La mujer de Becú se volvió, y dándoles un codazo para que callasen, les dijo:

—¡Chist! ¡callad!

Era que Elisa llegaba á la fuente, alegre como unas castañuelas, con su cántaro debajo del brazo. Entonces comenzó el desfile por delante de la fuente.

VI.

Elisa y Francisca, que se habían deshecho de la vaca rubia porque estaba demasiado gorda y no daba ya leche, decidieron ir aquel sábado al mercado de Cloyes con el objeto de comprar otra vaca. Juan se ofreció á llevarlas en un carrillo de la granja. Estaba libre aquella tarde, y el amo le autorizó para usar el carro, sin duda por consideración á los rumores de que Juan se casaba con la mayor de las hijas de Mouche. Y en efecto, la boda estaba decidida; por lo menos Juan había prometido ir á ver personalmente á Buteau á la semana siguiente, para plantearle el asunto. Uno de los dos; era necesario concluir.

Salieron, pues, del pueblo á eso de las dos, él en la delantera con Elisa, y Francisca sola en el otro banco. De cuando en cuando el joven volvía la cabeza para mirar y sonreír á esta última, cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban calor. Era una lástima que tuviese quince años menos que él; y si se resignaba á casarse con la mayor después de mucho reflexionar y de muchas vacilaciones, debía ser, allá en el fondo, sólo por el gusto de vivir como pariente y al lado de la más

pequeña. Luego se deja uno ir. ¡Se hacen tantas cosas sin saber por qué, cuando se ha dicho uno algún día que las haría de buena gana!

A la entrada de Cloyes apretó el torno y lanzó el caballo al galope por la empinada cuesta del cementerio; y cuando desembocaba en la esquina donde se reunían la calle Mayor y la de Gronaise, con objeto de ir á parar y desenganchar el carro en la posada del Buen Labrador, designó bruscamente la espalda de un hombre que iba por la calle de Gronaise.

—¡Mira, parece Buteau!

—Y lo es—declaró Elisa.—Sin duda irá á casa del señor Baillehache.... ¿Si por fin aceptará su parte?

Juan empezó á sacudir el látigo y se echó á reír.

—Tal vez; ¡es tan galopín y tan listo!

Buteau había hecho como que no los veía, aun cuando los vió llegar desde muy lejos. Se fué sin hacer caso, en tanto que los otros lo veían alejarse, pensando, sin decirselo unos á otros, que había llegado el momento en que pudieran explicarse. En el patio del Buen Labrador, Francisca que ya no había vuelto á decir palabra, bajó la primera por una rueda del carro. El patio estaba ya lleno de carros desuncidos, apoyados en sus varas ó en sus lanzas, y el edificio entero de la antigua posada hallábase animado por el bullicio y la actividad propios de un día de feria y de mercado.

—¿Vámonos por ahí?—preguntó cuando volvió de la cuadra, á donde había ido á llevar su caballo.

—Pues es claro; ahora mismo.

Al salir, en vez de encaminarse directamente por la calle del Temple al mercado de bestias que estaba en la plaza de San Jorge, el joven y las dos muchachas se detuvieron y pasearon como quien nada tiene que hacer, por la calle Mayor, por entre los puestos de hortalizas y fruta instalados á un lado y otro del arroyo. Él, con una gorra de seda, llevaba una blusa azul sobre su pantalón de paño negro; ellas, igualmente endomingadas, con el pelo encerrado en sus sombrerillos redondos, llevaban vestidos iguales, una chaqueta de lana oscura sobre una falda gris, y encima de ésta un delantal de percal rayado; y no iban del brazo, sino uno detrás de otro y defendiéndose como podían de los apretones y empujones de la gente. Allí había un gentío inmenso, pelotones apretados de criadas y de burguesas que pasaban por delante de las mujeres del campo agachadas, que llegaban desde lejos con una ó dos cestas, las ponían en el suelo, las abrían, y nada más. Vieron á la Frimat, que tenía las manos amoratadas de haber ido desde Rognes cargada como un burro, con dos cestas enormes donde había de todo, ensaladas, alcachofas, ciruelas, y hasta tres conejos vivos. Un viejo al lado suyo acababa de descargar un carro de patatas que vendía al por menor. Dos mujeres, madre é hija, esta última llamada Norina y célebre por su mala vida, colocaban encima de una mesa coja pedazos de bacalao, arenques, sardinas saladas y otra multitud de pescados en conserva que sacaban de unos barriles que echaban un olor insufrible. Y la calle Mayor, tan solitaria durante la semana á pesar de sus bonitas tiendas, su farmacia, su quincallería, sus noveda-

des parisienses, el bazar de Lambourdiou, resultaba estrecha aquel sábado, como todos los sábados, y las tiendas se veían llenas, y los carros no podían circular, y por las aceras atestadas de cestas no se podía dar un paso.

Elisa y Francisca, seguidas de Juan, llegaron así muy despacito hasta el mercado de aves, que estaba en la calle de Beaudonniere. Allí habían enviado grandes canastos llenos de pollos y gallinas, por entre las cabezas de los cuales salían también los enormes cuellos de algunos gansos. Pollos y gallinas muertos y desplumados cuidadosamente se alineaban en las tablas de los puestos. Luego veíanse por allí otras mujeres del campo que habían llevado, quién cuatro ó cinco libras de manteca, quién sus dos docenas de huevos, aquélla sus quesos, éstas otra cosa, procedentes todas de los corrales de los pueblecillos vecinos. Algunas habían acudido con un par de capones vivos atados por las patas. Varias señoras regateaban á grito pelado para hacerse oír, una magnífica partida de huevos que estaban descargando á la puerta de una posada, que se llama «Posada de los Polleros.» Precisamente allí, descargando los huevos, se hallaba Palmira, porque los sábados, cuando no tenía trabajo en Rognes, se ajustaba en Cloyes para cargar y descargar fardos que le destrozaban los riñones.

—¡Ahí hay una que sabe ganarse el pan!—observó Juan.

La muchedumbre iba en aumento por instantes. Por la carretera de Mondoublean seguían llegando carros que desfilaban por delante del puente. A derecha é izquierda corría el Loir formando sua-

ves curvas, corriendo á nivel de los prados, bordeado á la izquierda por los jardines del pueblo, cuyas lilas y enredaderas dejaban caer sus ramas en algunos sitios hasta tocar el agua. A lo lejos, por aquella parte, se veía un molino de aceite, y más acá otro gran molino de trigo, edificio grandísimo, del cual se desprendía un ruido infernal de ruedas y los cantares alegres de los molineros, que de vez en cuando aparecían en la puerta ó en una ventana, completamente blancos de harina.

—¿Conque vamos á ver si vemos á ése?—preguntó Juan otra vez.

—Sí, sí, vamos.

Y volvieron á pasar por la calle Mayor, volvieron á detenerse en la plaza Saint-Lubin, enfrente del Ayuntamiento, donde se hallaba situado el mercado de granos Lengaigne, que había llevado cuatro sacos de trigo, estaba allí de pie con las manos en los bolsillos. En medio de un grupo de labriegos silenciosos y cabizbajos, hablaba Hourdequin con gesto colérico. Habían esperado su alza en los precios; pero lejos de eso, el precio de diez y ocho francos había estado oscilando hasta bajar veinticinco céntimos. Pasó por allí Macqueron, que llevaba del brazo á su hija Berta, él con un paletó grasiento y raído, y ella en cambio con un vestido de muselina y con un sombrerito muy coquetón y adornado con flores.

Cuando Elisa y Francisca, después de haber doblado la esquina de la calle del Temple, pasaban por delante de la iglesia de San Jorge, en la puerta de la cual habíanse instalado una porción de mercaderes ambulantes, las dos hicieron una exclamación de sorpresa al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡La tía Rosa!

Con efecto, era la vieja Fouan, á quien su hija Fanny había llevado en su carrujillo, sólo por proporcionarle esa distracción. Las dos esperaban de pie junto á la rueda de un amolador, al cual había entregado la vieja unas tijeras para que las afilase. Las usaba desde hacía treinta años.

—¡Hola! ¿sois vosotras?

Fanny se volvió, y al ver á Juan añadió:

—¿Conque venís de paseo?

Pero cuando ellas supieron que las primas iban á comprar una vaca para reemplazar á la rubia que tenían, se interesaron en la compra y las acompañaron: así como así, ellas habían vendido ya lo que llevaron al mercado. El joven echó á andar detrás de las cuatro mujeres, que caminaban muy espaciadas y en fila. Así llegaron á la plaza de San Jorge.

Esta plaza, un vasto cuadrado de cien metros, se extendía por detrás del pretil de la iglesia, la cual con su elevada torre, donde debajo del campanario se veía un reloj, la dominaba por completo. Filas de copudos árboles cerraban los cuatro lados del cuadrado, de los cuales había dos protegidos por cadenas cerradas con candado, y los otros dos con palos y estacas de madera donde ataban las bestias. Por el lado de la plaza donde se hallaban los jardines, crecía la hierba de tal suerte, que cualquiera se hubiese creído en medio del campo, en tanto que el otro lado hallábase limitado por dos filas de tabernas con letreros como éstos: *A San Jorge, Al racimo de uva, A los buenos cosecheros.*

Elisa y Francisca, seguidas por las otras, tu-

vieron que trabajar mucho para cruzar la plaza, donde bullía una muchedumbre inmensa. Entre la masa de hombres de blusa, confusa y de todos los tonos de azul, desde el azul fuerte de la tela nueva hasta el azul pálido y descolorido de las telas viejas y muy lavadas, no se veían más que las manchas redondas y blancas de los sombreros de las mujeres. Algunas señoras paseaban el moiré de sus sombrillas. Oíanse risas, gritos roncocos que se perdían en el colosal murmullo viviente que á veces era entrecortado por el relincho de un caballo ó el mugido de una vaca. Un asno rebuznaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—Por aquí—dijo Elisa sin volver la cabeza.

Los caballos estaban en el fondo atados á unas estacas, sin más aparejo que una cuerda atada al cuello y otra á la cola. A la izquierda las vacas se hallaban en libertad al lado de los vendedores, que las volvían hacia todas partes para enseñarlas mejor. Grupos de personas se detenían á mirarlas, y allí ya no se reía ni se hablaba más que alguna palabra que otra de cuando en cuando.

Inmediatamente las cuatro mujeres se quedaron en contemplación delante de una vaca blanca y negra, la cual habían ido á vender un matrimonio, un hombre y una mujer; ella, que estaba delante y era muy morena, con la frente muy pequeña y mal encarada, sujetaba la vaca; él estaba detrás inmóvil y silencioso. Aquello fué un exámen detenido, profundo, mudo, que duró diez minutos; pero entre las cuatro no se cambió ni una palabra, ni una mirada; se fueron de allí é hicieron lo mismo delante de otra vaca que estaba veinte pasos más allá. Ésta, que era enorme y muy negra, era

vendida por una muchacha, casi una niña, muy bonita y graciosa.

Después hicieron otras siete ú ocho estaciones, lo mismo de largas, lo mismo de silenciosas, pasando revista á toda la línea de vacas á la venta. Por fin las cuatro mujeres volvieron donde estaba la primera vaca y de nuevo se absorbieron en su contemplación.

Pero esta vez la cosa fué más seria. Habíanse puesto en fila y escudriñaban los remos y la piel de la vaca con mirada fija y penetrante. La vendedora, por su parte, no decía tampoco palabra y miraba á otra parte, como si no las hubiera visto llegar y colocarse en fila. Al fin Fanny se inclinó y dijo una palabra al oído de Elisa, una observación sobre el animal. La vieja Fouan y Francisca se comunicaron lo mismo sus impresiones. Luego todas volvieron á su silencio é inmovilidad; el exámen continuó.

—¿Cuánto?—preguntó Elisa de pronto.

—Cuarenta pistolas—respondió la campesina.

Todas fingieron asustarse y disponerse á huir; y al volverse para buscar á Juan, tuvieron la sorpresa de encontrarlo detrás de ellas con Buteau y los dos charlando como buenos amigos antiguos. Buteau, que había ido desde la Chamade para comprar un cerdo, estaba allí regateando uno que le gustaba. Los cerdos, metidos entre cuatro tablas dispuestas al efecto detrás del carro que los había llevado, se mordían y gruñían de un modo capaz de romper el timpano á cualquiera.

—¿Quiéres veinte francos?—preguntó Buteau.

—¡No, treinta!

—¡Pues anda á paseo y guárdatelo!

Y muy contento y satisfecho se dirigió hacia las mujeres, riendo y tan fresco delante de su madre, de su hermana y de sus primas, como si nada sucediera entre ellos y como si las hubiera visto el día antes. Ellas, por su parte, conservaron su placidez también como si nada les hubieran quedado de aquellos dos años continuos de riñas y querellas. Solamente su madre, á quien le había dicho que le habían visto por la calle de Gronaise, le miraba con fijeza como si quisiera averiguar qué había ido á hacer á casa del notario. Pero no lo adivinaba. Ninguno de los dos abrieron la boca para dirigirse la palabra.

—¿De modo prima, que estás comprando una vaca?..... Juan me lo ha dicho..... ¡Pues mirad, allí precisamente hay una muy hermosa! ¡Oh! ¡la mejor que hay en el mercado; un buen animal!

Y designaba precisamente á la negra y blanca.

—¡Cuarenta pistolas! ¡muchas gracias!—murmuró Francisca.

—¡Cuarenta pistolas para tí, tonta!—dijo dándole una palmada en el hombro.—Eso es una broma.

Pero la muchacha se enfadó; le devolvió la palmada y contestó con aire rencoroso:

—Déjame en paz, ¿eh? Yo no juego con los hombres.

El se echó á reír con toda su alma, y volviéndose hacia Elisa, que permanecía seria y un poco pálida.

—¿Y tú? ¿quieres que intervenga? Apuesto á que me la dan por treinta pistolas..... ¿Te apuestas cien sueldos?

—No tengo inconveniente en que pruebes.

Rosa y Fanny aprobaban con la cabeza, porque sabían que el muchacho era feroz, terco como él solo para regatear, insolente, embustero, ladrón, capaz de vender las cosas por tres veces su precio y de comprarlo todo por poco más de nada. Las mujeres, pues, dejaron que se acercara con Juan, en tanto que ellas se hacían las distraídas á cierta distancia para que no pareciese que iba con ellas.

El gentío aumentaba por el lado de los ganados; los grupos se apartaban del centro de la plaza para acercarse á los árboles. Había un vaivén continuo. Nadie compraba todavía, ni siquiera una venta se había verificado, aunque el mercado estaba abierto hacía ya más de una hora. La gente se recogía y se espía una á otra con miradas de reojo. Los paseos lentos y las largas contemplaciones delante de las vacas menudeaban. Pero por encima de las cabezas, las ráfagas de aire llevaron los ecos de un tumulto. Eran dos caballos que estaban atados juntos, que se empinaban y se mordían, relinchando furiosamente y golpeando con fuerza el suelo con el hierro de sus herraduras. Hubo miedo; las mujeres huían, en tanto que unos latigazos enormes, mezclados de juramentos furiosos, restablecían la calma. Y en el suelo, en el espacio que el pánico había dejado, una bandada de pichones correteaba, picoteando lo que encontraban entre las piedras.

—Vamos á ver, buena mujer; ¿en cuánto la vendéis?—preguntó Buteau á la de la vaca.

Ésta, que había visto toda la maniobra de las mujeres, contestó tranquilamente:

—En cuarenta pistolas.

Primero tomó la cosa á broma y se dirigió al

hombre, que permanecía apartado de allí y silencioso.

—¡Eh, tú, amigo! ¡tu mujer estará loca cuando pide ese precio!

Y mientras bromeaba y reía, examinaba de cerca la vaca; encontraba que tenía muy buenas condiciones para dar leche abundante; que la cabeza era delgada; que los cuernos eran finos y los ojos muy grandes, el vientre surcado por grandes venas, los remos delgados, la cola pequeña y arrancando de muy arriba. Se bajó, estuvo reconociendo las tetas y estirando los pezones, y levantándose luego, apoyó una mano en el lomo del animal y continuó su regateo.

—Cuarenta pistolas, ¿eh? ¡Vaya una broma! ¿Queréis treinta?

Y su mano entre tanto se aseguraba de la fuerza de los huesos. En seguida la bajó, metiéndola entre las dos ancas, en ese sitio en que la piel desnuda y de un hermoso color anunciaba una leche abundante.

—¿Hacen las treinta pistolas?

—No; cuarenta—respondió la campesina.

Él volvió la espalda, y ella entonces se decidió á hablar.

—¡Ah! es un hermoso animal, ya lo veis. Cumple dos años por la Trinidad, y dentro de quince días veréis como estáis contento.

—Treinta pistolas—repitió Buteau.

Entonces, al ver que se alejaba, la mujer dirigió una mirada á su marido y gritó:

—Vamos, andad; con tal de irme pronto....

¿Queréis treinta y cinco ahora mismo?

Buteau se había detenido y despreciaba la vaca.

No estaba bien formada ni tenía riñones; en fin, era un animal mal cuidado, que había que mantener, perdiendo dinero, durante dos años lo menos. En seguida pretendió que estaba lastimada de una pata, lo cual no era verdad. Mentía por mentir, con manifiesta mala fe, con la esperanza de enfadar y de aturdir á la vendedora. Pero ésta se enco-gía de hombros.

—Treinta pistolas.

—No; treinta y cinco.

Esta vez le dejó marcharse. Buteau se reunió con las mujeres y dijo que aquélla estaba dura de pelar y que era necesario buscar otra. Y el grupo se paró delante de la enorme vaca negra que sujetaba la muchacha bonita. Esa costaba precisamente trescientos francos. Pareció que no la encontraba muy cara; se extasió contemplándola, y brusca-mente volvió hacia donde estaba la primera.

—¿Es decir que me voy á llevar mi dinero á otra parte?

—¡Caramba! si hubiese posibilidad.... pero no puede ser.... Es menester que cedáis un poquito.

Y bajándose y cogiendo las tetas,

—¡Mirad qué hermosas son!

—No me conviene—volvió á decir Buteau.— Treinta pistolas.

—No; treinta y cinco.

Y todo pareció concluído. Buteau había cogido á Juan del brazo para demostrar que desistía del negocio. Las mujeres se les reunieron emocionadas, opinando que la vaca valía en efecto los trescientos cincuenta francos. Francisca, sobre todo, á quien le había gustado mucho, hablaba de comprarla en aquel precio. Pero Buteau se irritó.

¡Pues no faltaba más que dejarse robar de aquel modo! Y durante media hora larga se defendió, en medio de la ansiedad de las primas, que se estremecían cada vez que un comprador se paraba delante de la vaca. Él tampoco dejaba de mirarla de reojo; pero era necesario ser fuerte y seguir adelante el juego. Nadie sacaría el dinero tan pronto, y ya veríamos si había algún imbécil capaz de pagar por ella más de los trescientos francos. Y en efecto, nadie soltaba el dinero, y eso que se iba aproximando la hora de que se terminase el mercado.

En la carretera estaban probando caballos. Uno, blanco del todo, corría excitado por los gritos guturales de un hombre que sujetaba el ronzal y que galopa á su lado, en tanto que Patoir, el veterinario, colorado y sudoroso, colocado con el comprador en una esquina de la plaza, con las dos manos en el bolsillo, miraba y daba consejos en voz alta.

Las tabernas estaban constantemente llenas de bebedores, que entraban y salían y volvían á entrar, en medio de las discusiones interminables que se suscitaban para cada compra. Era el colmo del estrépito y de los empujones, en medio de los cuales no había manera de entenderse: un becerro separado de su madre mugía sin cesar; los perros, atropellados por la muchedumbre, huían aullando y cojeando; luego, en medio de algún que otro silencio brusco, no se oía más que el vuelo de los cuervos, que, molestados por el ruido, revoloteaban atontados alrededor del campanario de la iglesia. Y dominando el olor acre de los ganados, escapábase un fuertísimo olor de la herrería vecina,

donde los campesinos aprovechaban el mercado para herrar sus caballerías.

—¡Eh, treinta!—repitió Buteau sin cansarse y acercándose á la campesina.

—¡No; treinta y cinco!

Entonces, como había allí otro comprador que también regateaba, se acercó al animal y le abrió á la fuerza la boca para mirarle los dientes. Luego la soltó, haciendo un gesto expresivo. Precisamente en aquel momento la vaca se puso á estercolar; él siguió con mirada de sorna la caída del estiércol y meneó la cabeza con tal expresión, que el comprador, que era un paleta, impresionado, se marchó sin decir palabra.

—Ya no la quiero. Tiene mala sangre.

Esta vez la vendedora cometió la tontería de enfadarse, que era precisamente lo que él buscaba, porque le contestó con una serie interminable de insultos y porquerías. La gente iba juntándose y reía de lo lindo. Detrás de la mujer, el marido continuaba inmóvil y silencioso. Al fin la tocó con el codo, y ella dijo:

—¿La queréis por treinta y dos pistolas?

—¡No; treinta!

Y se marchaba de nuevo; entonces ella le llamó con voz entrecortada por la rabia.

—¡Bueno, condenado, lleváosla!..... ¡Pero por vida de Dios que si esto se repitiera, preferiría pegaros con la mano en la cara!

La pobre mujer estaba fuera de sí, temblando de furor. Él reía alegremente y se mostraba galante, y hasta se ofrecía á dormir con ella.

Elisa se aproximó, se llevó aparte á la campesina y le dió sus trescientos francos detrás del

tronco de un árbol. Y Francisca había cogido la cuerda de la vaca; pero fué preciso que Juan la empujase por detrás, porque se negaba á moverse. Estaba allí desde hacía dos horas. Rosa y Fanny habían esperado el desenlace, silenciosas y sin cansarse. Por fin al marcharse buscaron á Buteau, que estaba dando golpecitos en la barriga al vendedor de cerdos. Acababa de adquirir el lechón que necesitaba por los veinte francos; y para pagar, contó primero el dinero sin sacarlo del bolsillo; sacó la cantidad justa y la volvió á contar en la palma de la mano, que mantenía medio cerrada. Luego fué una verdadera obra de romanos al querer meter el cochinito en un saeo que llevaba debajo de la blusa. La tela, que estaba vieja, se rompió, y las patas del animal salieron por los agujeros. Y así se lo cargó á la espalda y se lo llevó, gruñendo, chillando y dando unos gritos atroces.

—Dí, tú, Elisa, ¿y mis cien sueldos? Porque he ganado.

Ella, por seguir la broma, se los dió, creyendo que no los tomaría. Pero los tomó y los hizo desaparecer en el bolsillo. Todos echaron á andar lentamente con dirección al *Buen Labrador*.

Se acababa el mercado. El dinero brillaba al sol, desparramado por encima de las mesas de las tabernas. A última hora todo se abarataba. En la esquina de la plaza de San Jorge no quedaban más que algunos animales sin vender. Poco á poco la muchedumbre fluía hacia la calle Mayor, donde los vendedores de frutas y hortalizas iban dejando libres las aceras y recogiendo sus banastas. En el sitio del mercado de aves tampoco quedaban

ya más que paja y plumas. Muchos carros se marchaban; en las posadas todos enganchaban, preparándose á salir. Hacia todas las carreteras, en dirección á todas partes desfilaban multitud de gentes llevando sus bestias del ronزال.

También Lengaigne pasó por allí al troté de su caballo negro, después de haber aprovechado el día y la molestia del viaje comprando una hoz. Macqueron y su hija Berta se entretenían en las tiendas.

La Frimat regresaba á pie y cargada como á la ida, porque había llenado sus banastas de una porción de objetos. En casa del boticario, y en medio del salón lleno de dorados, Palmira; destrozada de cansancio, esperaba á pie á que le hicieran una receta para su hermano que estaba enfermo hacía una semana: una pícara droga que se le llevaba veinte sueldos de los cuarenta que había ganado con tanto trabajo. Pero lo que hizo apresurar el paso á las hijas de Mouche y á las que las acompañaban, fué el ver á Jesucristo borracho como una cuba, que iba dando tumbos de una acera á otra de la calle. Se sabía que había tomado dinero aquel día hipotecando el último pedazo de tierra que le quedaba. Iba riendo solo y sonando los patacones que llevaba en el bolsillo.

Al llegar al *Buen Labrador*, Buteau dijo con la mayor tranquilidad:

—¿Conque os váis?..... Oye, Elisa, ¿por qué no te quedas tú y tu hermana y tomaríamos un bocado?

La joven pareció sorprendida, y al ver su primo que se volvía hacia Juan, añadió en seguida:

—También me alegraría de que se quedase Juan.

Rosá y Fanny cambiaron una mirada. De seguro el muchacho tenía alguna idea: ¿sería que se decidía á casarse después de haber aceptado en casa del notario la escritura de las particiones? Su cara no decía nada. ¡No importa! Es menester no estorbar nunca.

—Bueno; quedaos, y yo me voy con madre, porque nos están esperando.

Francisca, que no había soltado la cuerda de la vaca, declaró secamente:

—Yo también me voy.

Y se empeñó en marcharse, porque se aburría en la posada y estaba deseando llevarse la vaca. De tal suerte se puso fastidiosa y desagradable, que tuvieron los otros que ceder. En seguida que hubieron enganchado el carro, ataron la vaca á la trasera y montaron en él las tres mujeres.

Sólo en aquel instante, Rosa, que aguardaba una confidencia de su hijo, se atrevió á preguntarle:

—¿No tienes nada que decirle á tu padre?

—No, nada—respondió Buteau.

Ella lo miró con fijeza, é insistió:

—¿Es que no hay nada de nuevo?

—Sí hay algo nuevo, ya lo sabréis cuando debáis saberlo.

Fanny fustigó al caballo, que salió al paso, en tanto que la vaca, detrás, se dejaba arrastrar alargando el cuello, y Elisa se quedó sola entre Juan y Buteau.

Cuando dieron las seis, los tres se sentaron á la mesa del comedor de la posada que daba al café. Buteau, sin que nadie supiera si iba á convidar, se fué á la cocina á encargar una tortilla y un co-

nejo. Entretanto Elisa había obligado á Juan á que se explicase, para concluir de una vez y para evitarse un viaje. Pero estaban concluyendo de comer la tortilla y se preparaban á emprenderla con el estofado, y aun no había encontrado el muchacho medio de decir una palabra.

El otro no parecía ocuparse en lo más mínimo de todo aquello. Comía bien, reía á carcajadas, y daba rodillazos por debajo de la mesa á la prima y al amigo en prueba de buena amistad. Luego se habló más seriamente, y cayó la conversación sobre Rognes y sobre la nueva carretera; y si bien no fué pronunciada ni una sola palabra sobre la indemnización de los quinientos francos, del mayor valor de los terrenos, en el fondo de la conversación latían aquellas dos noticias. Buteau volvió á las bromas y brindó, en tanto que visiblemente se retrataba en sus ojos la idea de un buen negocio; la consideración de aquel terreno mejorado de precio, el recuerdo de aquella antigua novia, con quien debía casarse ahora que era más rica.

—¡Diablos!—dijo—¿no vamos á tomar café?

—¡Tres cafés!—pidió Juan.

Y pasó otra hora sin que Buteau acabase de declarar su pensamiento. Avanzaba, retrocedía, vacilaba, ni más ni menos que cuando algunas horas antes regateaba la vaca. En el fondo estaba decidido; pero de todas suertes era necesario mirar las cosas despacio. De pronto se volvió bruscamente hacia Elisa, y le dijo:

—¿Por qué no has traído al chico?

Ella se echó á reir, comprendiendo que al fin habían llegado á la explicación, y le dió un pu-

notón por toda respuesta y una sonrisa indulgente, diciendo:

—¡Ah! ¡qué animal es este Buteau!

Y se acabó. Él bromeó también un momento. La boda estaba resuelta.

Juan, turbado hasta entonces, se alegró también como aquel á quien le quitan de encima un pesado fardo. Por fin habló y lo dijo todo.

—Has hecho bien en volver, porque iba yo á tomar tu sitio.

—Sí, me lo han dicho..... ¡Oh! pero yo estaba tranquilo, porque supuse que me avisaríais.

—¡Pues ya lo creo!.....—aunque sólo fuese porque es mejor contigo á causa del chiquillo. ¿No ha sido eso lo que hemos dicho siempre, Elisa?

—Siempre; esa es la verdad.

El enternecimiento se retrataba en la fisonomía de los tres; verdaderamente fraternizaban; Juan sobre todo, sin envidia, sin celos, admirado de haberse visto á punto de casarse; y él fué quien pidió que les dieran cerveza, porque Buteau ¡vive Dios! se empeñaba en que bebiesen algo más. Con los codos apoyados en la mesa, Elisa entre los dos, variaron de conversación y empezaron á charlar sobre las últimas lluvias que habían perjudicado á los trigos.

Pero en la sala del café, al lado de ellos, Jesucristo, en la misma mesa que un campesino viejo borracho como él, armaban un escándalo espantoso é intolerable. Todos los concurrentes, de blusa, bebiendo, fumando, escupiendo, envueltos en el humo de los quinqués, no podían hablar ni gritar, y las voces de los dos borrachos dominaban todas las demás. Estaban jugando á las cartas; acababa de

surgir una disputa á propósito de la última jugada entre Jesucristo y su compañero, que mantenía lo que había dicho con aire de tranquila obstinación. Parecía, sin embargo, que no tenía razón. La cosa no acababa. Jesucristo, furioso, llegó á chillar tanto, que intervino el dueño del establecimiento. Entonces se levantó, fué de una mesa á otra con terquedad de borracho, paseando las cartas, para poner por testigo á todo el mundo de la legalidad de su jugada. Cada vez iba estando más furioso; por fin volvió hacia donde estaba el viejo, que decidido á defender su mal derecho, permanecía tranquilo y oyendo estoicamente todas las injurias.

—¡Cobarde! ¡bribón! Sal de ahí un poco, y yo te ajustaré las cuentas.

Luego de pronto Jesucristo volvió á tomar asiento enfrente de su compañero, y ya con calma le dijo:

—Pero, en fin, estoy en juego..... Hay que jugar ¿eh? ¿cuánto vas?

Había sacado un puñado de monedas de cien sueldos, quince ó veinte, y las colocó delante de sí.

—Ya estoy..... Vé tú otro tanto.

El viejo, interesado, sacó su bolsa sin decir una palabra, y puso una pila igual de monedas.

—Bueno; ¡pues ahora cojo yo una de tu montón y mira.

Cogió la moneda, se la puso con mucha seriedad en la lengua, como si fuese una hostia, y la tragó.

—Ahora tú coge otra del montón mío..... y el que más coma se las guarda. Ahí tienes el juego nuevo que he discurrido.

Con los ojos extraviados el viejo aceptó, y con

trabajo hizo desaparecer por su tragadero la primera moneda. Pero Jesucristo, diciendo que no necesitaba apresurarse, iba tragándose tranquilamente las monedas como si fuesen ciruelas. A la quinta vez hubo un gran rumor en el café, y la gente, levantándose de las mesas, empezó á hacer corro alrededor de los dos viejos. ¡Ah condenado! ¡qué garganta tendría, para tragar monedas de aquel modo! El viejo se tragó la cuarta, cuando de pronto cayó hacia atrás, con la cara amoratada, aletargándose sin poder respirar; por un momento lo creyeron muerto. Jesucristo se había levantado muy tranquilo y risueño: llevaba diez en el estómago, según su cuenta, y eso hacía treinta francos.

Buteau, inquieto, temeroso de verse comprometido si el viejo no salía del mal paso, se levantó de la mesa y mandó que engancharan el carro; y al mismo tiempo contemplaba las paredes con aire distraído, sin hablar de pagar, aunque él había sido quien convidara; pero no tuvo más remedio que pedir la cuenta al camarero y pagarla. Esto acabó de poner á Buteau de muy buen humor. En el patio, donde les esperaban los dos carros, cogió á su camarada por los hombros.

—Mira, Juan, que quiero que vengas. La boda será dentro de tres semanas..... He estado en casa del notario y he firmado el acta; todos los papeles están corrientes.

Y haciendo subir á Elisa al carro:

—Vamos, anda; yo te llevaré..... Pasaré por Rognes, aunque tenga que alargar un poco el camino.

Juan se volvió solo en su carro. Encontraba todo aquello natural, y les siguió. Cloyes dormía, vuelto

á su tranquilidad y tristeza de siempre, alumbrado por las amarillentas estrellas de los reverberos; y de todo el estruendo y animación de las horas del mercado, sólo quedaba el paso vacilante de algún campesino borracho que se había retrasado. Luego apareció la carretera obscura y silenciosa. Juan acabó por distinguir á lo lejos el otro carro, el que llevaba al matrimonio. La cosa se había arreglado bien; así era mejor. Y el bueno del antiguo soldado silbaba tranquilamente en su carro, satisfecho de verse libre de un peso extraño.

VII.

Estaban en la época de la recolección, disfrutando de un cielo muy azul y de una temperatura muy calurosa, pero refrescada por las brisas; habían fijado la boda para el día de San Juan, que aquel año caía en sábado.

Los Fouan habían recomendado mucho á Buteau que empezaran las invitaciones por la Grande, hermana mayor de la familia, que exigía consideraciones y miramientos, como reina rica y temida. Así es que una tarde Buteau y Elisa se fueron á casa de la vieja, los dos vestidos con sus trajecitos de cristianar para rogarle que asistiera á la boda, es decir, á la ceremonia, y luego á la comida que se celebraría en casa de la novia.

La Grande estaba haciendo media, sola en su cocina, y sin disminuir la velocidad de las agujas los miró con fijeza; dejó que se explicaran, que repitieran dos veces las mismas frases, y por fin les contestó con voz agria: